

## URUS, CHANGOS Y ATACAMAS

Por José Mario Camacho

### I

**SUMARIO.**—Los Urus. — Extraña condición de este pueblo. — Su miseria y el pésimo concepto en que se le tenía. — Caracteres especiales de sus usos y costumbres. — Su número y su distribución geográfica. — Los Urus del Titicaca. — Los Urus del Río. — Los Urus del Poopó. — La lengua de los Urus. — Llamáronla erradamente **Puquina**. — Conceptos que sugirió la mortología a esta lengua. — Vocabularios. — Significados atribuidos al vocablo **Uru**. — Qué relación pudo tener este pueblo con Tihuanacu.

En lo más frío, yermo e ingrato del Altiplano, como eran las orillas anegadizas del río Desaguadero, los pantanos de Coipasa, los contornos del lago de Poopó, este mismo lago y ciertas rocosas isletas del Titicaca, vivían los Urus, formando dentro de la nación Aymara, pero sin confundirse con ella no obstante la similitud de sus rasgos antropológicos, una clase étnica especial, distinta y rara por sus hábitos, su rudeza y su miseria. Allí viven todavía, y aunque ya considerablemente minorados, bien que en ningún tiempo fueron muchos, ahora mismo se les puede reconocer sin dificultad, pues que conservan, con pocas alteraciones, buena parte de sus caracteres distintivos.

Muy cortas noticias y sólo de modo incidental, nos han dado de este pueblo algunos autores antiguos (1). Según ellos,

(1) v. Polo de Ondegardo, Rel. Segunda. — P. Acosta, Hist. Nat. y Nor de las Yndias. — Garcil. Com. Real. — O. Oliva, Hist. del Rey y Prov. del Perú. — Ob. Lizárraga, Descrip. del Perú, P. Calancha, Coron. Moral. — De entre estos autores, son Ondegardo y Calancha los más noticiosos. Ambos tuvieron no poco que ver con los Urus; el primero con motivo de las comisiones que desempeñó para regularizar los tributos y repartimientos, y el segundo por cuanto los religiosos de su orden tenían a su cargo la Obra Pía de Paria, instituida por el filántropo Lorenzo de Aldana, dentro de la cual quedaban incluidos muchos pueblos Urus. Los demás apenas los mencionan muy de paso, solo a propósito de alguna circunstancia.

los Urus, pocos e insignificantes por su número y su condición social, ocupan la última, la más ínfima categoría entre los habitantes del Perú. En este juicio concordaban los propios Keshuas y Aymaras, quienes, colocados en un nivel superior de poderío y cultura, mirábanlos con tal menosprecio, que casi no los tomaban en cuenta. Hasta bien entrado el siglo XVII, más de ochenta años después de la Conquista española, asombrábanse todavía los Aymaras y hacían mal gesto, cuando veían a los Urus usar cobertores en sus camas para resguardarse del frío. Aun se negaban a venderles pan, porque en su sentir este alimento era mucha golosina para ellos (2). Decíase, por cierto con más exageración que verdad, que el Inca, no sabiendo qué partido sacar de estas misérrimas gentes, acabó por clasificarlas entre los inválidos que se encontraban, a causa de su incapacidad, relevados de las cargas generales del Imperio, y que por tanto se limitó a imponerles, como a éstos, aquel célebre tributo de los canutillos de piojos, con que, a la vez que cuidaba de la higiene, daba ocupación a sus vasallos pobres o impedidos (3). Tan rebajados del nivel común los tenían, pero también tan resignados con su suerte, que se hizo popular aquello de que cuando se les preguntaba, qué clase de hombres eran, solían responder que "no eran hombres sino

---

(2) Ob. Lizárraga. Descrip. Del Perú, cap. LXXXIV.

(3) Garcil. Com. Real., parte I, lib. V, cap. VII. — P. Oliva, Hist. del Reyno y Prov del Perú, lib. I, cap. II. § III. — Probablemente estos autores ignoraban lo que sobre el particular dijo años atrás el verídico Onaegardo: "En tiempo de los Yngas, nunca los hurus entraron en contribución para ningún género de tributo, sino que era servicio de los gobernadores y caciques, e que avudahuan a hacer rropa e texian esteras e que dauan pescado". Rel. Segunda, pág. 164 y sig., ed. Urt.-Rom.

Urus", como si fueran. comenta erradamente el escritor que de esto habla, otro género de animales (4).

Si hubiéramos de atenernos tan sólo a estos testimonios, no habría habido en estas partes del Perú, gente de peor ralea que los Urus. Bárbaros, sin policía, sin limpieza, sin corazón, obscenos, renegridos, inclinados al hurto, ingratos, fraudulentos, así, con ese rosario de calificativos, que más son dicterios, los presenta un mesurado cronista, que no quiso quedarse atrás en el prurito de apocar a aquella raza (5). Si no eran todo esto, justo es confesar que, a lo menos, su fama era esa. Aun había un refrán que corría muy aceptado en los tiempos coloniales: "de indio Uro ningún hombre está seguro". Como los Parias de la India, como los Iotas de la antigua Laconia, los Urus del Altiplano, aunque no sometidos a servidumbre, circunstancia anómala que los distingue, sufrían de una pésima reputación y, después de todo, inmerecida. Pero a ello daba lugar, no su indole aviesa, pues eran mansos, cuanto su propia miseria.

Habitaban bajo de tierra, en cuevas, como trogloditas, pero más comunmente sobre el agua, en balsas o barcos hechos de totora. Sembraban poco, o nada, y solamente los más afortunados disponían de algún ganado. Su alimento ordinario y principal era el pescado, que las más de las veces lo comían vivo, y de cuando en cuando, si querían regalarse, la carne de llama, que no siempre necesitaban cocerla. Para desollar una res, valíanse de la uña del pulgar de la mano derecha, que la tenían tan recia y fila como un cuchillo. A este propósito y con el fin de dar idea de los buenos servicios que prestaba

---

(4) P. Acosta Hist. Nat. y Mor. de las Yndias, lib. II, cap. VI. En realidad, la pregunta del P. Acosta era una impertinencia, que el mismo Padre, al ser con ella interrogado, no hubiera sabido contestar; pero el Uru la tomó en otro sentido. Entonces, como también ahora, la palabra "hombre" era un título, que sólo se daban los Keshuas y Aymaras cuando tomaban estado y gozaban de ciertos derechos y prerrogativas; y puesto que tal título, por ser privativo de ellos, no alcanzaba al Uru, dijo bien este, que no era hombre, es decir que no era ciudadano keshua o aymara, esto es, *rana* o *jake*, porque era Uru.

(5) P. Calancha, Coron. Moral., lib. III, cap. XXIII.

este curioso instrumento y de la estupenda voracidad de sus dueños, en tratándose de comer lo ajeno, cuenta un autor grave que, habiendo dos Urus hurtado en cierta ocasión un puerco de cuatro a seis arrobas, le dieron muerte, le despedazaron y rebanaron con sólo aquella herramienta, y luego se lo engulleron crudo en una noche (6). Insensibles al frío, los varones "andaban desnudos o casi en carnes", y las mujeres, fajadas apenas un tercio del cuerpo. Vivían en pequeños grupos, de quince a veinte familias, a lo sumo. Ambulantes o, si se quiere, trashumantes, siempre en pos del cardumen para proveer al sustento cotidiano y para mercar, sus cambios de domicilio eran periódicos o temporales (7), pero cuidando de no invadir ajenas posesiones o lastimar otros derechos, y cuidando, sobre todo, de mantenerse a muy prudente distancia de las gentes que no fueran de sus mismos hábitos o de su raza. En este particular eran irreducibles. Nunca habían podido resignarse a convivir con los Keshuas o los Aymaras. Con mayor motivo, nunca pudieron, posteriormente, aceptar la convivencia con los Españoles. Mostrábanse tan esquivos e intratables, tan sistemáticamente huían de las gentes, que no faltaron cronistas muy letrados que llegaron a sentar, con no poco candor, que el adjetivo castellano hurano, derivaba nada menos que de uru... (8). Fríos y apáticos en sus esparcimientos, apenas se sabe que en muy contadas ocasiones bailaban el Chiychiy, una danza monótona en que agitaban a modo de banderola, la chuspa o huall-

---

(6) P. Calancha, Coron. Moral., loc. cit. — El P. Cobo, espantado por tanta voracidad, exclama: "Estómagos que se engullen tanta carne cruda, más calor han de tener que una fragua para poderla gastar". Hist. del Nuevo Mundo, lib. XI, cap. IV.

(7) "Moraban en la laguna en sus balsas de Totora, trabadas entre sí, y atadas a algún peñasco, y acaciales levarse de allí y mudarse todo un pueblo a otro sitio; y así buscando hoy adonde estaban ayer, no hallarse rastro de ellos, ni de su pueblo". P. Acosta, Hist. Nat. y Mor. de las Yndias, loc. cit. — Según Ondegardo, sólo permanecían un año en cada sitio. Rel. Segunda, pág. 160, ed. Urt.-Rom.

(8) P. Calancha, Copecabana, lib. I, cap. XIV, in J. T. Polo, Indios Urus del Perú y Bolivia, § II.

kepu. haciendo visajes, al son de enfadosos pincullos. Ni sabían de otras fiestas o jolgorios. Aunque la generalidad hablaba la lengua aymara y muchos la kheshua, cuando les convenía fingían no entender ninguna, y para comunicarse entre sí, tenían su idioma particular y propio, la lengua Uru, indebidamente llamada Puquina, y cuyas voces y estructura gramatical diferían substancialmente de ésta y de aquellas. Ni era igual en todos dicha lengua uru, pues cada grupo había introducido en su lenguaje, muchas y hasta profundas variantes.

Hemos expresado ya que a pesar de tan extrañas modalidades, que parecían confirmar en los Urus su fama de rudos y ruines, en el fondo mirándolo bien, no eran tanto. Llevaban vida ordenada; cada grupo obedecía a cierto régimen, y todos los grupos, aunque diseminados, si alguna vez se ponían en contacto, reconocíanse a poco de tratar y hacían migas, como miembros de una sola gran familia. Tampoco eran incapaces para la fatiga y el trabajo, ni tan torpes, ociosos e ignorantes, que no conociesen o ejercitasen alguna industria. Todo lo contrario. Nadie como ellos más expertos y osados en las artes de la navegación y la pesca. Montados en sus endebles esquifes, las típicas balsas, que ellos llamaban tusa, sentíanse en su elemento. Manejaban el remo (yokena o tocuse) y la vela (achihua) con absoluta seguridad. Conocían la dirección de los vientos, sabían capear los temporales, y no les arredaban los peligrosos canales del río ni la cerrada e infranqueable maraña de los totorales del lago. Desde este punto de vista, ejercían dominio pleno sobre las aguas de la cuenca andina. Ni se limitaban sus actividades a sólo bogar y pescar. También mostraban no poca pericia en las industrias textiles. Fabricaban buenas telas de lana, curiosas esteras de totora, fuertes cuerdas de chillihua, y el tributo con que acudían al servicio de los Curacas o gobernantes incaicos, consistía en estas obras y los productos de la pesca (9). Pero no por ello cambiaba su con-

---

(9) "Hombres son como los otros, e son yndustrizados por el tiempo mas aviles para tener e hacer rropa que nyaguno". Ondegardo, Rel. Segunda, loc. cit. Ya hemos visto en otra nota, cómo este mismo escritor desvanece la leyenda del tributo de los canullos.

dición ni adquirían mejor concepto. En todo tiempo los Urus fueron siempre Urus, es decir, menos que gentes. Y ellos, muy conformes!

Por ciertos datos obtenidos en los primeros años españoles, se colige que el total de la población uru, en esa época, no pasaba de quince mil almas. Tampoco parece que este número hubiera sido distinto, con mucha diferencia, en los tiempos incaicos. No hay, a lo menos, antecedentes, que hagan suponer que ese pueblo hubiese experimentado, bajo el dominio kshesua, algún extraordinario aumento o disminución. Para los Incas su existencia era indiferente. Recluido el Uru en su voluntario u obligado confinamiento, en nada podía afectar desde allí a la marcha regular del Imperio. Pueblo amodino, dócil a los mandatos de la autoridad, por ningún concepto era para aquellos un peligro, ni siquiera un estorbo. Otra cosa fué la política de los tiempos hispánicos. El yacer de las duras imposiciones coloniales, que no distinguía rasas ni condiciones, pasó también sobre él, causando los mismos estragos. Rápidamente la población Uru vino a menos. Tan violentamente se sentían entonces por sus nuevos amos, que hubo ocasión en que los Urus de Uchusuma, no pudiendo soportarles más, rompieron su habitual mansedumbre y, alzados en armas, se hicieron fuertes en una isla del Titicaca, próxima al Desaguadero. Trabajo y medio costó a las autoridades españolas el reducirlos, y no lo hubieran logrado por algún tiempo, si el Clero no acude en su auxilio. Esto ocurrió en el año de 1618.

Antes de seguir adelante y a fin de evitar confusiones, conviene advertir que no siempre aplicaron con propiedad este nombre de Uru los Españoles: pues, mientras unos buscaban de tal manera, tan sólo a los radicados en la parte central del Altiplano, y conocían a los demás bajo distintas denominaciones, tomadas generalmente de los distritos o lugares en que moraban, otros hacían extensivo este nombre aun a ciertos habitantes que vivían en la costa del Pacífico, los cuales, si bien no pertenecían a la familia Uru ni tenían vinculación con ella, se les parecían por más de un aspecto. Así, cuando algunos autores antiguos mencionan a los Uchusismas, los Iruas, los Uruquillas, los Uruitas, etc., etc., entiéndase que es a los Urus a quienes se están refiriendo, y cuando hablan de los Urus costenos, debe asimismo entenderse que van tratando, bien de los Chan-

gos del litoral marítimo, cuya sede principal era Cobija, bien de los Atacamas o Cunsas del interior o desierto de Atacama, cuyos pueblos, verdaderos oasis, corrían de norte a sur, en hilera, pegados al pie de los Andes. Si se quiere mentar a los Urus, particularizándolos, siempre será más claro y no dará lugar a falsos entendimientos, acompañar al nombre común el determinativo del lugar que ocupan, o sea designando la especie y el género. Así habrá más propiedad en decir, los Urus de Capachica, los Urus de Ahuallamaya, los Urus de Chipaya, y no peladamente, como en estos últimos tiempos se ha venido usando, o sea Gapachicas, Ahuallamayyas, Chipayyas, porque no son razas distintas sino grupos componentes de una misma raza.

Desde el punto de vista de su distribución geográfica, formaban los Urus cuatro parcialidades o naciones que diríamos, empleando la nomenclatura colonial hispana. Correspondían a la primera, los Urus que habitaban en el lago de Titicaca; a la segunda, los Urus del Río, como se les nombraba por tener su morada a lo largo del Desaguadero o sus inmediaciones; a la tercera, los establecidos en el lago de Poopó, y, finalmente, a la cuarta, los que había en las ciénagas de Coipasa y comarcas circunvecinas. Si bien las tribus o familias constituidas en cada región, vivían independientes entre sí, ajenas a todo vínculo o comunión de intereses, era de esperarse que el lazo geográfico pudiera haberlas mantenido unificadas no poco; pero, como cada parcialidad andaba de su cuenta, su apartamiento produjo consiguientemente el efecto contrario. No sólo quedaron aisladas unas de otras, sino que cada cual resultó definida respecto de sus congéneres, por algún rastro peculiar más o menos acentuado. Fácil era, pues, distinguir a los Urus, por regiones,

Los primeros Urus de quienes se hace mención en las Crónicas de la Conquista, fueron los del Titicaca. Alguna notoriedad alcanzaron por esta circunstancia los de Orurillo, Capachica y Huarina, y, posteriormente, por sus actitudes levantiscas, como ya dijimos, los de las isletas de Huiñamarca, sobre todo los de las más próximas al Desaguadero. Ingrato recuerdo dejaron a los Españoles con sus alzamientos, entre los Urus del Río, los de Uchusuma y sus auxiliares de Uruño.

Pero no eran estos ni aquellos Urus, los principales ni más importantes. Superaban a todos por su número y porque conservaban más patentes los distintivos de la raza, los Urus del Poopó, muy particularmente, los que tenían su asiento en la comprensión del distrito de los Parias. Estos Urus fueron también los mejor conocidos y calificados bajo el dominio español. Por ser los más lacustres, decíaseles "Pescadores", y por su condición señera o indómita, causaban la desesperación de los frailes que habían tomado a pechos su reducción. Dificilmente podían sacarlos a tierra, y más difícilmente todavía retenerlos: el menor descuido volvían a la madriguera o que-rencia, esto es, al agua (10).

Los Urus del Poopó, concretamente los de Paria, constituían, como hemos dicho, la porción más considerable de la raza, y, hasta cierto punto, la más compacta. De dos mil cuatrocientos tributarios daban fe los PP. Agustinos, a raíz de la Conquista, y como cada tributario representaba una familia, el total seña de ocho mil. Coincidió más o menos ese número con el de las autoridades administrativas que en aquella misma época, llevaban la cuenta de los repartimientos e intervenían en las tasas y retasas de los tributos fiscales; y puesto que como según dichos magistrados, los demás Urus que vivían en las otras partes del Altiplano, apenas representaban en cantidad otro tanto, bien podía afirmarse, que era el lago de Poopó el foco central, sino el original de este elemento étnico (11). Pero los demás Urus, no obstante su escaso número, abarcaban uno

(10) "Fueron sacando de la laguna con amores y amenazas... aunque quando menos se piensa se van a su laguna, que como violentados asisten en tierra, y como a su natural entran a dele-y-tarse en el agua. No ay traza umana que sea suficiente, ni para sacarlos todos, ni para defenderles la vuelta". P. Calancha, *Coron Moral*, loc. cit.

(11) "Los de Paria son tantos que en ninguna parte ay tan gran congregación, ny ayvn creo que todos juntos los del Collao que es adonde los ay, no deben ser en tanta cantidad, e fueros visitados e tasados". Ondegardo, op. cit., pág. 165. — "Este pueblo tenía dos mil y quatrocientos Yndios tributarios... acuden a ba-rretear el Cerro de Potosí, y anse menoscabado mucho". P. Calancha, op. loc. cit.

extraordinaria extensión territorial. Su difusión era tal, que se hallaban esparcidos a lo largo de la cuenca lacustre, desde los 15° hasta los 23° de latitud sur, o sea en un espacio de ciento cincuenta o más leguas. Allí, en esa dilatada zona, aparecían formando pequeños grupos, de trecho en trecho, a modo de lunares o manchas. Diríamos, si se nos permite, que toda esa angosta, pero dilatada faja, llana y pareja, estaba salpicada de tribus Urus. En el páramo o en el agua, donde la vida era difícil para el Aymara, pero donde el Uru podía caber, éste plantaba su tienda, aunque siempre provisional, seguro de no molestar a nadie ni ser de nadie fastidiado. La misma inhabilitabilidad del sitio, le servía de amparo y de reducto.

Lo expuesto es, en resumen, cuanto nos dicen de este misterioso espécimen humano nuestras fuentes de información. Ni una palabra, naturalmente, respecto a su origen, ninguna tradición que cuente sus vicisitudes, ningún rayo de luz que arripié las tinieblas de su pasada existencia. Aun en los tiempos presentes, en que la etnología americana cuenta con muchos devotos, no han despertado los Urus mayor curiosidad. Apenas si uno que otro espíritu observador se ha animado a consagrarle algunas horas de estudio (12). Verdadero clavo ético, encajado justamente en medio de los centros aymaras más genuinos y densos, hoy mismo arrastra una existencia sombría, sin que por ningún lado penetren en su alma y sus costumbres, las saludables influencias de la civilización. Y la verdad es, que viviendo como vive, de huida, vueltas las espaldas al mundo que le rodea para no saber nada del mundo, estas influencias ni le llegan ni las acepta. Los Urus están ahora muy disminuidos, y al paso que van, pronto han de llegar a su total extinción.

La lengua de los Urus, que por una equivocación vino a ser nombrada Puquina, ocasionando con esto otras equivocaciones, fué clasificada entre las llamas lenguas generales del Perú. Aunque muy obscura y difícil, muy gutural y chicheante, no tardaron en aprenderla en los primeros tiempos, los diligentes catequistas españoles. Muchos de ellos se ufanaban de

(12) De lo poco que hay escrito sobre este raro pueblo, merece tomarse en cuenta la monografía sobre los Indios Urus del Perú y Bolivia, muy estimable trabajo, salvo sus deficiencias, debido al etnógrafo peruano don J. T. Polo.

hablarla aún mejor que los propios indios. De esta modo aca-  
zaron a poner en ella, la doctrina cristiana, el confesonario y  
no pocas pláticas o exhortaciones. No consta, sin embargo,  
que esos trabajos hubieran llenado su objeto, ni que alguna  
vez merecieran los honores de la estampa (13). Lo que aparece  
es que la misma lengua fué presto abandonada, cuando aque-  
llos religiosos se cercioraron, que para su obra evangelizadora  
podían servirse con mayor ventaja, ya del expresivo aymara,  
ya del armonioso keshua, puesto que el Uru conocía uno u  
otro idioma, tanto como el suyo particular. Pero lo que más  
debió influir para que desistieran definitivamente de su uso,  
fué que esta lengua, amén de su pobreza, no era igual en to-  
das partes. De tal modo variaba de una a otra, que era plati-  
cando entre sí los mismos Urus, si pertenecían a distintas ale-  
jadas regiones, veíanse en conflicto, por la dificultad de com-  
prenderse. Esto dió margen a que se creyera, que los Urus no  
eran un pueblo homogéneo, y que había, bajo este nombre,  
tantas variedades étnicas como dialectos.

No había tal. La raza era una sola, y la lengua también  
una. Todos los Urus compartían de unos mismos caracteres, y  
si en la lengua, según las localidades, se notaban muchas y  
bien marcadas diferencias, aun estas mismas llevaban patente  
en su fonología y estructura el inconfundible sello de su común  
filación. Ni podían tomarse tales disparidades como una ano-  
malía lingüística. Es sabido, que toda lengua, cuando es ha-  
blada por pequeños grupos que viven incomunicados sufre en  
el seno de cada una, transformaciones tanto más profundas  
cuanto es más largo el tiempo de la incomunicación. No tienen  
otro origen los dialectos. Aun dentro de las mismas colectivi-  
dades se avanza cultura, si allí existen pronunciadas divi-  
siones sociales o si ellas están compuestas de castas, el consi-  
guiente aislamiento de estos componentes, produce en la lengua  
idéntico resultado: las castas o clases superiores la pulen o per-

---

(13) "Esta a sido la conversión que mayores dificultades a  
tenido tanto por el continuo trabajo de sacarlos, como el de apre-  
nder su escurisima lengua y entenderlos. Así a avido siempre des-  
tros lenguarazes aun más entendidos en su lengua que los mis-  
mos Urus, y an llegado los deseos de aquella conversión a escrivir  
confesionarios, traducir la doctrina Cristiana y predicarla en su  
natural idioma". P. Calancha, Coron. Moral, lib. III, cap. XXIII.

feccionar, las inferiores la corrompen o deforman. Nada había de raro, entonces, que la lengua hubiera perdido su uniformidad, dadas las condiciones de vida del Uru, la constante comunicación de sus grupos constitutivos y el largo transcurso de los tiempos. Deformada aparecía, pues, en todas partes, sin que se pudiera saber en cuál de ellas quedaban mayores restos de la primordial o auténtica.

Todo el trabajo filológico, del que tanto alarde hicieron los religiosos ha desaparecido. Nada queda de él, y las pocas decenas de voces que al presente andan por aquí o allá, en tal cual dispersa publicación, y que han sido empíricamente recogidas de varios Urus por uno que otro viajero de buena voluntad, no son bastantes para dar idea de la naturaleza o la estructura gramatical de esta lengua. Debí ser pobrísima, ya que tal impresión dejó en aquellos que la estudiaron y debió estar muy plagada de cymarismos, por esta misma deficiencia y en razón de que los Urus eran bilingües a causa de su vecindad con los Aymaras.

El desconocimiento de esta lengua impide saber si la voz uru es o no genuina de su léxico y si en él tiene algún sentido que pudiera dar idea de ese pueblo. Bajo un supuesto contrario, y como en la keshua no hay ninguna que le sea parónima, se ha creído que acaso se refiera a alguna de la aymara, donde uru es día a la vez que araña, urari, el participio de presente del verbo amanecer, y urí, ballo, y también, indómito, rispido, agrio. Viendo que estos términos no contribuían absolutamente a aclarar la significación de tal vocablo, pues aun el último, urí, apenas podría prestarse a una vaga y forzada interpretación, un paciente peruanista púsose a buscar en otras lenguas de extra continente, la explicación que no encontré entre las peruanas. Según él, uré, en send, significa fuente y origen del mundo material; ur, en súmero, fundamento, base, ciudad; urí, en latín, bueyes grandes o búfalos y también, habitantes del río Indo; uría, en vascuense, población; ur, en la misma lengua, agua; erun y uhun, en madagascaro (dialecto malayo), hombre; ur, en sueco, autóctono. Y concluye por suponer, que al llamarse a sí propios, Urus, esos indios, quisieron sólo expresar su convicción de ser engañados del lugar en que está-

ban, y no venidos de otra parte (14). Aunque susceptible de reparos, por lo peregrina, esta excursión etimológica tiene su mérito, y la inferencia que de ella se arranca no carece de ingenio.

La misma obscuridad que rodea a este pueblo, ha dado racimiento a no pocas conjeturas respecto a su origen, y aun se ha creído que bien pudo haber tenido alguna vinculación con el pasado de Tihuanacu, su suerte y sus misterios. ¿Cuál sería su intervención, retrógrada o de avance, en aquellas remotas edades? ¿Asistirían los Urus a la grandesa de la admirable urbe y, en tal caso, cooperarían a su edificación, como obreros forzados o voluntarios, o, por el contrario, serían factores inmediatos de su destrucción y ruina? Muchos nombres de sitios o edificios relacionados con Tihuanacu son de difícil interpretación, no obstante su estructura y fonetismo aymara o kheshua. ¿No pertenecerán esos nombres, por algún motivo, al vocabulario uru? Una vieja tradición se refiere a ciertas irrupciones que en épocas muy lejanas transformaron el ande de cochas de las sociedades del Altiplano. A ser ello evidente ¿qué papel, si de invasores o de invadidos, correspondería en esa emergencia a los Urus?

---

---

(14) J. T. Polo, Indios Urus del Perú y Bolivia, § IV.

II

**SUMARIO.**—Changos y Atacamas — Diferencias y similitudes de estos pueblos. — Su ninguna afinidad con los Urus. — Las poblaciones changas — Caracteres antropológicos del Chango. — Sus usos y costumbres. — El Puquina o lengua de los Changos. — Por qué le tomaron por lengua de los Urus. — Algunas voces puquinas subsistentes en la región habitada antiguamente por los Changos. — Los Atacamas e Cuncas. — Sus costumbres. — El "Juicio Postumo". — Particularidades de la lengua atacama. — Teorías acerca de la procedencia de estos pueblos.

No eran los Urus, a quienes hemos dado a conocer en el capítulo anterior, el único pueblo que diríamos alevígena con relación a las grandes familias peruvianas. Había también en el desierto o despoblado de Atacama, vasta región excepcionalmente árida, que se extiende al sudoeste del Altiplano, entre la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, otros pueblos no menos notables, cuyas condiciones, en más de un aspecto, guardaban no poca analogía con los Urus. Eran los Changos, que vivían en la costa, a las orillas del mar, y los Cuncas o más propiamente Atacamas, que moraban en el interior, en la cuenca del Gran Salar de este mismo nombre. Allí, en el desierto, donde brotaba algún hilillo o manantial de agua potable, el Chango o el Atacama, según la zona, armaba su tienda y echaba raíces (1).

(1) El Ob. Lizárraga, prolijo observador y viajero, que recorrió dos veces todo el Perú, nos habla de un pueblo extraordinariamente raro, que habitaba en Charcas, en los valles de Misque, y que se llamaba Moyo. Como ningún otro escritor le menciona, tanto que hace sospechosos su existencia, podríamos pasarle por alto; pero como también no es posible suponer que aquel viajero se lo hubiese inventado por simple antojo, vamos a divulgarlo, bajo la responsabilidad de tan venerable prelado, copiando sus pro-

El ámbito de esta vasta comarca, limitado al oeste por los Andes y al oeste por el Océano, como hemos dicho, partía términos por el norte con los pueblos aymaras del Kollisuyu, y por el sur con los igualmente aymaras de Copiapó y Catamarca; de manera que se hallaba enclavado dentro del dominio aymara, pero sin embeberse en él o confundirse. Así también sus pueblos, al igual de los Urus, nada tenían que ver por sus caracteres étnicos y su condición, con los Aymaras y Kheshuas. Driáse que eran razas aparte. Aun entre ellos mismos, la disparidad de costumbres y de lengua, los hacia distintos. Tampoco sus vinculaciones iban más allá del simple conocimiento y, de tiempo en tiempo, de tal cual obligado trato comercial; pues, sobre que se comunicaban muy apenas, separados como estaban por el Desierto y el idioma, no se llevaban bien. Los Atacamos menospreciaban a los "pescadores" Changos, y los Changos miraban con desdén a los "labriegos" Atacamas. Pero este desdén no les traía mayores consecuencias. Nunca se dijo que alguna vez hubieran estado en guerra, ni había por qué, pues nada tenían que disputar. El mar era un abismo para los Atacamas, y le temían; el Gran Salar era un antro para los changos, y le huían. Parece que unos y otros sustentaban mayores y mejores relaciones y más tráfico con los pueblos aymaras, sus colindantes. Ninguno, naturalmente, con los Kheshuas, por su alejamiento; mucho menos con los Urus, por su carácter comunicativo y arisco (2).

---

estas palabras: "A una parte dellos viven algunos indios llamados Moyos, barbarísimos en extremo, y bolgazanes, más bárbaros que los de la lengua de Chuquito (los Urus); éstos comen cuantas serbandijas hay: culebras, sapos, perros, aunque estén hedienda, y si pueden haber a las manos los potranquillos, no los perdonen, y se mo tengan un sapo para comer aquel día, luego se tienden de barriga en el suelo. No creo se ha descubierto, ni hay en este Perú, gente más bárbara". Descripción del Perú, etc., cap. XCIV.

(2) Para los Españoles del primer siglo de la Conquista, que no tenían la pretijidad de distinguir los pueblos e naciones que dominaban, Changos y Atacamas no eran más que Urus. Así el Factor de Potosí, Juan Lorenzo Machuca, en un informe fechado en 1581, dice: "En la ensenada de Atacama, que es donde está el puerto (Cahija), hay cuatrocientos Indios pescadores Uros... Ag-

No hemos hallado ninguna versión que nos haga saber en qué circunstancias fueron reducidos estos pueblos, primeramente por los Aymaras, y luego por los Keshuas. Lo que sabemos, por lo que atrás hemos visto, es que en tiempos remotos, los Aymaras habían pasado sobre ellos y ganado Coptapó o Cupayapu, y lo que también se nos dice, es que el Inca, a su turno, concentró en Atacama el ejército con el cual conquistó Chile hasta el Maule (3). Pero esto mismo demuestra, que ya desde antes valían muy poco; y como su condición era igual a la de los Urus, su suerte sería idéntica.

Habitaban de preferencia los Changos, las orillas más agrestes del mar, ingratos para sus dommodores, como eran las susseñadas de Sama, Pisagua, Iquique, Quillahua, Cobija, Papeo, sobre los paralelos 17° y 27°. De estos lugares, parece haber sido Cobija el asiento principal de la raza. Desde luego, existía la mayor población, la más firme e estable. Tomaron nota de ello los Españoles, y pronto fué cabeza de distrito y Pazoquia. Todavía a principios del siglo XIX, cuando ya los Changos de las demás partes habían desaparecido, bien por efecto de las epidemias, o porque se incorporaron a los nuevos pobladores, o porque se dispersaron o emigraron, los de Cobija, en un número de familias que pasaba de la centena, vivían formando grupo, no ciertamente como en sus mejores tiempos,

---

mismo, en el término y contorno de Tarapacá, que desde el puerto de Pisagua e Hiquehique, donde hay indios Uros pescadores, hasta el puerto de Los, hay muchas ruinas". Rel. Geor. de Indias, vol. II, Apénd. — El propio Factor afirma, que en el interior de Tarapacá, repartimiento de los herederos de Lucas Martín Bego (aquel Lucas Martínez de que habla largo Pedro Pizarro, el historiador), había otros mil indios Urus, "gente pobre, agrega, que no siembran ni cogen, y se sustentan de caza de huanacos y vicuñas, de pescados y raíces que hay en ciénagos que llaman Coroma".

(3) Geol. Com. Real. parte I, lib. VII, esp. XVIII.

porque hasta habían olvidado su lengua, pero al fin vivían (4). El último sobreviviente, ya octogenario, murió en 1876 (5).

Aunque dentro del tipo común andino, difería el Chango de los Aymaras y Keshuas, en el color, que era más oscuro o moreno, en la estatura, que era más reducida (de 1.60 m. los hombres, de 1.45 m. las mujeres, término medio), en el torso, que le tenía menos desarrollado, y, particularmente, en la nariz, siempre corta, rara vez aguileña, apretada la punta, y anchas las fosas. El experto antropólogo a quien se deben tales observaciones, cree que la conformación de este órgano, marcaba la transición del tipo antino al araucano (6).

Afables y hospitalarios los Changos, eran entre sí muy unidos. Ambulaban según las necesidades, llevando consigo su escaso menaje, sin gran fatiga; serviales de hasta de carga la mujer. Como por allí no llueve, las casas eran de construcción sencillísima; les bastaba fijar tres o cuatro estacas en el suelo, cerca de la playa, y cubrirlas con atacas o con pieles de lobo marino. Utilizaban también las algas para sus techos. Solamente los más afortunados disponían de alguna cobertura de lana, obtenido de los caseros trasandinos del Kolliserya, se cambiaba de conchas, mariscos o pescado (7).

---

(4) Las epidemias fueron el mayor azote de los Changos. Cuenta el general O'Connor, que cuando llegó a Cobija en el mes de diciembre de 1825, un vecino del lugar, de apellido Maldonado, natural de Cochabamba, se lamentaba de que la viruela hubiera dado fin en esos días con todos los Changos que tenían a su servicio. Recuerdos, cap. XIII. — D'Orbigny, seis años más tarde (1832), no encontró en Cobija más de cincuenta casas habitadas por familias changas. El resto de la población se había retirado al norte, a cosa de dos leguas (probablemente a Gatico, que era otro paradero de Changos). L'Homme Americaine, vol. pag. 333.

(5) El popular "Chango Mateo", huésped solitario de una cueva allí, en la Peña Pobre, afueras de la ciudad, y proveedor, sin competencia, del mejor pescado con que se regaban los "gourmands" de ese puerto, entonces boliviano.

(6) D'Orbigny, L'Homme Americaine, loc. cit.

(7) D'Orbigny, L'Homme Americaine, loc. cit.

Estos pueblos se dedicaban exclusivamente a la pesca. Usaban unas típicas embarcaciones, muy ligeras e insubmersibles: constaban de dos odres o cilindros hechos de piel de lobo, inflados con cierto artificio, mediante tubos o cañutos, y unidos y atados fuertemente por sus extremos. Puesto de rodillas el tripulante en la parte delantera, y con un remo de dos cabos, que hendía las aguas a derecha e izquierda alternativamente, se lanzaban mar a fuera, con absoluta seguridad, desafiando al agitado elemento. Para la pesca mayor tenían lanzas o flechas a modo de arpones (8). Salaban y curaban el pescado, tan codiciado por los pueblos del interior, quienes en cambio les llevaban ropa y cereales. Gozó de merecida fama en los tiempos hispanos, por su excelente preparación, el "Charquecillo", de que eran únicos productores los Changos de Cobija (9).

Contrariamente al uso tan generalizado en los pueblos americanos de poner a sus muertos en cucullas para enterrarlos, los Changos los tendían de largo, en huesas profundas, separados por sexos y por edades.

Hoy la raza está totalmente extinguida, y nunca más se sabrá de sus pasos por el mundo, de sus fastos y tradiciones. Pasma, en verdad, la incuria de las gentes, que, habiendo convivido con ella, la dejaron consumirse sin estudiarla ni apreciarla. Consolémonos, sin embargo, porque no tan absolutamente todo ha desaparecido, ya que podemos anunciar, que aún sobrevive su lengua, la cual, por una circunstancia tan feliz como fortuita, venció a la muerte. El caso es curiosísimo, y vamos a referir su historia, por lo mismo que ella imparta una revela-

---

(8) La más antigua descripción de estas embarcaciones, también la más estrafalaria, pertenece al célebre andarín Simón Pérez de Torres, que realizó la hazaña de dar la vuelta al mundo sin más compañía que su sola persona: "Las embarcaciones destes Indios son unos cueros grandes poniendo palos como cañas encima ellos; van llenos de viento, en una tripa larga forrada, por donde les van echando cada vez que les parece les falta algún viento y la cierran y con estos pescan y andan por la mar". Discurso da un Viaje, 1599, Ed. Barcia.

(9) "Charquecillo. s.m. El congrio que se pesca en Cobija, puerto del Perú, después de salado y seco como el bacalao". Domínguez, Dicc. Español, Apénd.

ción o, si se quiere, una exhumación, en bien y provecho de filólogos y etnógrafos. La lengua de los Changos fué la Puquina.

Casi al mismo tiempo que los PP. Agustinos, establecidos en Paria emprendían sus estudios filológicos para platicar con los Urus de su jurisdicción, otros sacerdotes de la Compañía de Jesús, entre ellos el P. Alonso de Barzana, que otros escriben Barcena, daban remate, en Juli, a estudios análogos, para entenderse con los pobladores de Puquina, aldea sufragánea de la Compañía, sita en los valles de Moquehua, en las cabeceras del río de Tambo, en plena región costeña, y que se la suponía Uru por que hablaba una lengua enteramente distinta de la Keshua y la Aymara (10). No sabría decirse si la misma aldea sirvió de aula, o si los Puquinas que asistían al Convento sirvieron de maestros. Lo sólo averiguado es, que el trabajo de los Jesuitas, más concretamente del P. Barzana, (gramática, léxico, versiones de la Doctrina Cristiana, rezatorios) llegó a imprimirse, honor que no alcanzó el trabajo de los PP. agustinos, y, consiguientemente, la lengua de los Puquinas, o lengua puquina que se dijo, pasó a figurar como lengua de los Urus, entre las llamadas lenguas generales del Peru (11).

Creyérase entonces por muchos, y seguramente el propio Barzana estuvo en ello, porque no tuvo la precaución de comprobarlo, que su obra sería utilísima para la reducción espiritual y temporal de los indios; más, ocurrió lo contrario, pues nadie, ni el clero ni las autoridades laicas, mucho menos los Urus, sacaron provecho. El rezatorio puquina era para estos últimos ininteligible, por una sencilla razón, porque aquel meritorio jesuita se había confundido. En vez de aprender, para enseñar, el habla de los Urus, como creyó, había aprendido y enseñado el habla de los Changos, puesto que la comarca de Puquina estaba poblada por indios de esa raza.

---

(10) A poco de la Conquista, Puquina fué encomienda de Diego Fernández de Mendoza.

(11) No sabría decirse si el P. Barzana hizo una edición especial de su trabajo; pero consta que lo insertó en otra obra suya, titulada "Lexica et Precepta grammatica in quinque Indorum linguís quarum usus per American aestoalem", que se asegura fué impresa en Lima, en el año de 1590, de la que no queda si presente ningún ejemplar.

Nadie en aquella época, ni posteriormente, sospechó siquiera que se hubiera producido este inverosímil *quid pro quo*. A juicio de los graves conventuales y los doctos seglares Curas de Almas, si el rezatorio puquina no respondía a su objeto, no era por cierto porque se le hallara inadaptable o deficiente, sino porque a su juicio "estos indios Urus eran tan rudos, que ni su propia lengua la sabían hablar". Bajo tal criterio, el rezatorio, apenas puesto a prueba cayó en desuso, y aun se hubiera borrado toda memoria de él, si otro hombre de letras, el Obispo Oré, hijo de Huamanga no lo hubiese incluido, aunque sin examinarle, en una interesante recopilación, de que fué editor (12). Merced a esta circunstancia, el nombre de puquina ha sobrevivido, y con tan buena suerte, que hoy perdura en el mundo de la filología y la lingüística, señalando, como ya asentamos, una de las cinco grandes lenguas o "lenguas generales" del Perú.

Bien está que tal nombre conserve allí su sitio, pero conviene rectificar el valor étnico que hasta aquí se le ha atribuido, a fin de que no se le considere ya más como nombre de la lengua de los Urus, que nunca fué, sino como nombre de la lengua de los Changos, que la casualidad ha querido que sea. Fué este pueblo, al cual pertenecían los Puquinas, su poseedor único y exclusivo, y hoy mismo, no obstante la extinción total

---

(12) El Ob. Oré publicó en Nápoles, en 1607, su "Rituale seu Manuale Peruanum" (un vol. de 418 págs.), que contiene el texto del rezo y fórmulas del rito romano, en Latín, Castellano, Kheshua y Aymara. Desde la pág. 385 a la 418 y a modo de Apéndice, incluyó un Compendio de la Doctrina Cristiana, en las lenguas Kheshua, Aymara, Puquina, Mochica, Yunca, Guaraní y Brasileña. La parte puquina, según su propia declaración, la tomó del P. Barzana, seguramente de la "Léxica et Precepta", y está acompañada, para su mejor comprensión, de las versiones correspondientes en castellano y latín, así como en Kheshua y Aymara, lo que permite observar sus semejanzas y diferencias con estas dos últimas lenguas. El etnólogo y lingüista americano D. G. Brinton, tuvo la suerte de encontrar un ejemplar de esta obra, que también se la creía perdida, en la Biblioteca Nacional de París. Gracias a su diligencia, tiene ahora la lingüística una valiosa fuente de indagación, que nos ha servido desde luego, para reconocer, aun contra la opinión del propio Brinton, que la lengua puquina no fué de los Urus sino de los Changos.

de la raza, percíbense todavía con toda claridad los vocablos puquinas (valga ya esta denominación) en buen número de los nombres geográficos de aquella zona costeña, que sirvió a los Changos de asiento y morada, y también de tumba. Fácil sería traer aquí las probanzas lingüísticas que abonan este postulado, pero no hemos de hacerlo, porque semejante tarea, por ser de otros, no nos incumbe. Sin embargo, se nos permitirá apuntar la siguiente demostración, aunque muy de paso y sólo en gracia de la novedad del asunto, que nadie le ha tratado hasta ahora: Miñ o miño, en puquina, es hombre; iqui es padre; chaca es río. Los equivalentes urus de estas voces son respectivamente, lucuhuahua, apai, huibui. Como se advierte, no hay similitud lexicográfica alguna entre una y otras. Ahora bien, tenemos en la dicha zona, genuinamente changa, el volcán Miño, los sitios de Camiña, Miñimiñi, Mamña, y luego, los arroyos de Chaca, Chacane, Chacaya, Chacallta, que han transmitido su nombre a las quebradas por donde corren. Uno de sus puertos es Iqui-iqui (Iquique, que antiguamente se escribía HiqueHique). En cambio, ningún vocablo uru suena en aquella región, siendo así que son abundantes allí mismo las voces keshuas y sobre todo aymaras, las que, juntamente con el yugo o la cadena, fueron llevadas a esos áridos parajes, desde las lejanas sierras del Cuzco y la elevada y fría meseta interandina.

Entre lo poco que conocemos de la lengua puquina, tenemos como pieza principal, la versión del Padre Nuestro hecha por el referido P. Barzana y copiada por el Ob. Oré. Es posible que adolezca de errores, ya de impresión, ya de copia, pero ellos no serán tantos que impidan apreciar la naturaleza de dicha lengua.

Ella es como sigue:

"Señ Iqui hanigo pacas canana ascheno, po mana upa-  
 " Iisuhanta; po capaca ascheno, señ gata huachunta, po hatano  
 " callacaso hanta, quiguri hanigo pacasna che oahu cabuacasna  
 " hamp; kaa gamonque che hseuma. Señ gata camen señ tanta,  
 " señ hochaghe, pampaché sumao, quiguri señ, señ gata hucha-  
 " cha ascheno gata pampachan ganch caqu. Ama ebe acrosu-

" ma hucha guta. señ hotonava enahata entonana quespiña  
" suman. Amén" (13).

Las palabras en negrita, con excepción de una evidentemente *kheshua*, son *aymaraicas*, lo cual podría indicar, o el mucho contacto de los Changos con los Aymaras o, quizá también, que el traductor, ante la pobreza de la lengua y para salir del paso, abusó de los *aymarismos*. Aun se advierte que esta traducción se hizo sobre el modelo o patrón de la versión *aymara*, adoptando sus giros y combinaciones. Entre tanto no hay, ni por asomo, un solo término *uru* o siquiera *uruoide* (14).

No tuvieron, pues, los Changos vinculación con los *Urus*, como tampoco la tuvieron sino muy forzada, con los *Atacamas*, sus vecinos más inmediatos. Estos últimos, a la inversa de aquellos, eran esencialmente agricultores. Establecidos por grupos en los oasis que corren al pie del declive occidental de los Andes, vivían con cierta comodidad, y, sobre todo, con independencia. Las tierras aunque estrechas, eran buenas, y su rendimiento les libraba de la necesidad de recurrir al auxilio de otras partes. Ya expusimos que fué allí, en *Atacama*, donde el Inca concentró sus tropas, antes de emprender la conquista

(13) Brinton recomienda el texto del Ob. Oré, que acabamos de reproducir, como el más exacto, es decir como el más conforme con el que trae la "Léxica et Precepta" del P. Barzana, sin los errores que contiene el del P. Hervás, aun cuando éste también lo tomó del mismo "Rituale" del citado Obispo. Adelung, en su *Mithridates*", no hizo sino copiar a Hervás, con todos sus errores.

(14) La disparidad de estas dos lenguas, *uru* y *puquina*, puede apreciarse a simple examen en esta exposición de sus voces numerales:

<u>Cast.</u>	<u>Uru</u>	<u>Puquina</u>
Uno	Shi	Pesc
Dos	Piske	So
Tres	Chep	Capa
Cuatr	Pacpic	Sper
Cinco	Paanucu	Tacpa
Seis	Pacchui	Chichun
Siete	Tohoco	Stu
Ocho	Cohonco	Quina
Nueve	Sankau	Checa
Diez	Kalo	Scsts

de Chile. También por allí tomó camino el capitán don Pedro de Valdivia para realizar igual conquista (15). Con mejor suerte que los Changos, sin duda porque la comarca, por sus condiciones climáticas y vegetativas era saludable y atractiva, mucho más que la árida costa, quedan todavía restos de esta raza, y aunque ya muy escasos y los más asimilados a la vida y costumbres de los pueblos vecinos, no han perdido su lengua ni abandonado el ejercicio de algunas de sus primitivas prácticas. Los Atacamas eran acogedores y sociables, y no rehucían el trato con sus colindantes de Lipez y Chichas (16).

Un diligente observador que los visitó a mediados del siglo pasado (17), nos hace saber que eran entonces un pueblo dócil y laborioso, cualidades debidas en parte a la influencia del ambiente, y nos habla de una de sus viejas costumbres, acabada de desaparecer en esos días, muy notable por su rareza como por su fondo ético. La llama el "Juicio Postumo". A la muerte de un Atacama y a tiempo de echar el cadáver a la losa, congregábase el pueblo y enrostraba al difunto todas las malas acciones que había cometido en vida, para que, a más de la tierra que había de cubrirle, cargue también con el peso del severo veredicto popular. Caso raro, quizá el único que ofrezca un pueblo, al frente de aquel sentimiento universal de dolor, de piedad, de respeto, que inspiran los muertos. ¿Era tan rigurosa la moral o la justicia de los Atacamas, que no se

---

(15) Valdivia mejor aconsejado que Almagro, siguió el itinerario de la costa para llegar a Chile: y desde Arica, donde tomó largo descanso, emprendió su expedición pasando por Pica y Tarapacá hasta Calama, y de ahí siguió al oasis de Chiuchiu, al que llamó Atacama la Chica, y luego al grande oasis o Atacama la Grande, al que nombró San Pedro, a devoción de su Santo patrono (1540).

(16) Eduardo Abaroa, el héroe boliviano de Calama (1879), era auténtico atacama, y ostentaba en el pigmento bronceo de la piel y la patronimia del apellido, el inconfundible sello de la raza.

(17) Miguel Solá, 1874. — No hemos podido obtener de este interesante estudio, sino unos cortos fragmentos que reprodujo muchos años después "El Comercio", diario de La Paz.

aplacaba ni ante la misma tumba? Seguramente que con tal sanción, los vivos quedaban notificados para ser cuidadosos de su honra y medidos en sus actos.

El mismo observador nos proporciona otros datos, aunque sin entrar en mayores detalles. Las mujeres vestían de urkhu o ajsu, al modo de las antiguas peruanas, y en sus bailes, llamados talátur, se alineaban frente a los varones y danzaban al compás de canciones tristes y monótonas. Curiosos ritos alegóricos precedían las ceremonias nupciales.

Muy pocos vocablos hemos podido obtener de la lengua atacama: sensiblemente, ninguna frase que nos permita formar juicio de su coordinación, su riqueza e importancia. Todo cuanto se podría decir en vista de aquellas voces, es que se distingue por lo suave y por lo excepcionalmente autónica, y que en este particular nada tiene de parecido a las demás lenguas peruvianas, tan fuertes, tan guturales y estallantes. Para confirmar esta impresión, bastaría citar los nombres de sus montañas y aldeas: Licancaur, Pular, Arisar, Topáter, Capar, Tocoñao, el mismo de Atacama. Aun tienen una marcada conformación griega o latina: Sencar, Méter, Talar, Sequitar. Hombre es sima; mujer, Bocau; carne, sabur; nariz, sept; agua, pari; cerro, ceur; piedra, cacchi; hueso, embur; viento, cul; casa, Heri; lana, nambur.

Ya dijimos que los Atacamas y Changos fueron confundidos con los Urus, y, en consecuencia, considerados como miembros de un sola familia. Algo había, ciertamente, de común en la vida de todos ellos: su depresión, su aislamiento, su pobreza. Pero para probar tal hermandad, estas analogías carecen de valor, porque no eran formas permanentes, originarias, que marcan algún tipo étnico, sino formas accidentales, circunstanciales, derivadas de un estado común de insuficiencia o miseria. Acaso otros elementos de prueba o medios de discernimiento, hubieran dilucidado este punto. Por desgracia no se ha recurrido a ninguno, ni siquiera a un examen comparativo de sus lenguas, tan dispares como acabamos de ver.

Lo que ahora preocupa a ciertos espíritus, es saber a qué raíz o raíces étnicas podrán referirse estos pueblos. Siempre aquel eterno prejuicio, que ya es una enfermedad, de que las cosas de un lugar han de proceder indefectiblemente de otras partes. Nadie, en este orden, quiere resignarse a consentir, que hubiesen sido de donde las hallan. Partiendo de esta premisa,

o con más propiedad, de esta petición de principio, suponen unos, que estos pueblos vendrían del lado del Pacífico, es decir, de alguna isla o islas de la Océania, y piensan otros, que vendrían del lado opuesto, o sea, de la cuenca amazónica los más próximos, de la América central y la Florida los más lejanos. Según la primera teoría, la inmigración, después de asentarse en Atacama u otro sitio de la costa, ascendería hasta el Desaguadero, y se remontaría por este río hasta llegar al Titicaca (18). Conforme a la segunda, la inmigración aportaría a los lagos andinos, y una vez allí establecida, el excedente alcanzaría la costa por distintas vías: así, la población excedente del Titicaca pasaría a la costa de Arequipa, (el Kollisuyu ay-mara) por los ríos de Tambo y Vitor; la de Paria y Coipasa, a la costa de Pisahua e Iquique, por la quebrada de Camina, y la de los López, a la costa de Cobija, por el río Loa (19).

Es de advertir, que el mismo etnógrafo que plantea la hipótesis de la inmigración oceánica, no se atreve a afirmarla, y apenas le dá el valor de un simple enunciado que, para tomárselo en cuenta, necesitaría, son sus palabras, de serias disquisiciones étnicas, lingüísticas y arqueológicas. Acaso también le retrajo el recuerdo, de que ya antes, al tratarse del origen de la población americana, fué propuesto idéntica tesis que no prosperó. Dijose entonces, pero sin aducirse ninguna prueba, que aquellos inmigrantes llegaron a las islas de Chiloé, de donde se extendieron al norte hasta cubrir todo el continente.

Con más presunción y aplomo, los inventores de la teoría de las migraciones amazónicas, sostienen que en remotos edades, una gran familia o nación llamada Arawak esparció sus colonias por estas partes desde las Guayanas y la desembocadura del Amazonas, su sede originaria; que de este modo llegó el Arawak (pueblo y lengua) no sólo al Paraguay y los contrafuertes orientales de los Andes, sino que avanzó hacia el occidente, siguiendo las cuencas del Ucayali y el Perené, por todo el interior del Perú y por todos los llanos bolivianos de

---

(18) J. T. Polo, Indios Urus del Perú y Bolivia.

(19) J. T. Polo, op. cit.

Moxos; se infiltró en la muchedumbre de tribus que pueblan esas regiones, y pasó al Altiplano, a la cuenca del Titicaca, donde resultaron los Urus, y de ahí a las costas del mar Pacífico, donde resultaron los Atacamas y Changos (20).

Hemos procurado saber con seguridad de dónde procede este nombre de arawak, y que gran familia fué esa que al decir de sus teorizantes, se difundió de modo tan extraordinario en el Continente, llevando a todas partes su lengua y su sangre. Nuestros esfuerzos han sido inútiles. Todo lo que hemos alcanzado, pero que tampoco nos dá mucha luz, es que había en las Guayanas, una tribu de escasa importancia, que habitaba las orillas de los ríos Esequibo y Suriman y algo del distrito de Cayena. Los exploradores franceses del siglo XVII escribían el nombre de esta tribu, Arouaques o Alouaques, y los misioneros jesuitas, españoles e italianos que de esto entendían, Aruac. Los Aruac estaban emparentados con los Caribes o Calibitos; su lengua era un dialecto de la caribe, según la opinión más autorizada y sufrían, con alternativas, la hostilidad de aquellos sus parientes, al punto que en cierta ocasión fueron exterminados todos los varones de un pueblo, habiendo pasado las mujeres a servir a los feroces vencedores en la cocina y el tálamo (21).

Si son estos Aruac los Arawak de ahora y si el dialecto caribe que hablaban resulta hoy día la gran lengua matriz de que deriva la casi totalidad de las lenguas del Continente meridional como se afirma, bien puede ser esta transformación uno de los tantos milagros con que a diario se divierte, para sor-

---

(20) Créqui-Montfort y P. Rivet. La lengua Uru o Puquina.— Aunque hay opiniones que atribuyen la paternidad de esta teoría al americano Bowman o al alemán Schmith, a nuestro juicio son aquellos franceses los que han tratado con pulso y entusiasmo la cuestión, especialmente M. Rivet, a quien corresponde la exposición más completa y esforzada que se hubiera hecho en su abono; y si, como ya se vislumbra, esta teoría ha de acabar por no merecer el placet del mundo científico, culpa será de su calidad, y no de tan inteligente patrocinio.

(21) Rochefort, *Hist. Mor. et Nat. des Isles Antillas, etc.*; P. Coletti, *Dizion. storico-geograf. dell' Amer. etc. in. P. Hervás, Catál. de las Lenguas, trat. I, cap. III.*

prendemos, la sabiduría contemporánea... En todo caso, habría sido mucho mejor y más serio para sus elucidaciones sobre la teoría, dicha amazónica, referirse a la lengua caribe, que era la dominante desde la Florida, y no a su insignificante rama o dialecto Arawak, de tan poco valen en filológico; pero, está visto que más han podido en los etnólogos y lingüistas las influencias del nacionalismo (Cayena es colonia francesa, y franceses ellos), que la probidad científica.

Conviene advertir para evitar juicios equivocados, que esta teoría no ha sido formulada en oposición a la anterior, o sea a la de las migraciones oceánicas, que, como dijimos, no prosperó y, por lo mismo, no preocupa hoy a nadie, sino a aquella otra tenida hasta ahora como la más aceptada, por el prestigio de sus autores y la calidad de los reconocimientos lingüísticos, geográficos y etnográficos que la abonan: nos referimos a las migraciones guaraníes, o mejor, brasile-guaraníes. En concepto de sus más eminentes propagadores, el loco central del pueblo Guaraní estuvo en el Paraguay, donde se llamaba Cario, y en las partes del Brasil colindante, donde tomaba distintas denominaciones, siendo la principal de Tupí o Tapé. Estimulados por su anhelo expansivo y favorecidos por las rutas naturales que les ofrecían el curso de los ríos, las llanuras y el litoral marítimo, los Guaraníes se extendieron de sur a norte, es decir, desde el 34° de latitud austral al 25° de latitud boreal, abarcando todo el Brasil y luego, bajo los nombres de Calibos o Calibitos, Caribes o Maypures, ocuparon las Guayanas, el río Orinoco y las Antillas, alcanzando, por el oriente, el Océano Atlántico, y por el occidente, donde muy tardíamente y muy poco pudieron avanzar, el pie de los serranos bolivianos con los Chiriguano, y el meridiano 62° O. de Greenwich, con los Sirtonós y Guarayos. El domicilio de los Uru, Atacamas y Changas, quedaba en otra dirección, muy lejos, y para los Guaraníes, por causa de las dificultades del trayecto, la distancia, clima, la altura, absolutamente fuera de su alcance (22).

(22) D'Orbigny, *L'Homme Américain*, vol. I, *Introduc.*; vol. I, pág. 265 y sig. — Este ilustre naturalista declara que entre todos los viajeros que recorrieron la extremidad septentrional de la América del Sur, es el sebio A. de Humboldt, de quien fué discípulo, el que mejor la ha descrito en su monumental obra "Voyage aux

Como se ve, no pueden haber, para determinar las vías de expansión de las poblaciones del continente meridional de América, dos opiniones más diametralmente opuestas ni más inconciliables que estas que acabamos de exhibir. Pero ello no nos importa por el momento. Lo notable aquí es el curioso proceso de dilucidación observado por los autores de la teoría que decimos amazónica: buscando con ímprobo empeño analogías fonéticas entre las lenguas uru y puquina, que no las conocen, y las raíces y estructura de las lenguas que nombran arawak, de las que tampoco parecen estar muy seguros, han creído encontrar en ellas una común filiación, y sobre este supuesto hallazgo, que la lingüística está muy lejos de sancionar, han declarado redondamente, como cosa definitiva, que estos raros núcleos humanos, Uru, Changos y Atacamas, proceden de la familia Arawak.

Extinguidos ahora los Changos y casi totalmente desaparecidos los Atacamas, no quedan de esos pueblos sino el territorio y el mar que los sustentó, los cuales, a su vez, para desdicha de la Nación de que formaron parte desde tiempos inmemoriales, tampoco ya le pertenecen. Les arrebató una alevosa guerra de conquista, que nunca dejarán de maldecir los corasones bolivianos.

---

segons equinoxiales du Nouveeu Continent"; y añadiendo a sus observaciones, para completarlas, las suyas propias, fruto de ocho años de viajes y estudios por el Continente, trazó las rutas que tomaron en sus movimientos de expansión las familias o naciones que se poblaban. Un resumen del cuadro que presenta D'Orbigny en el que acabamos de exponer en las anteriores líneas.